



Lo primario y secundario en la identificación-desidentificación

PATRICIA REYES LÓPEZ*

"Para que pueda ser he de ser otro,
salir de mí, buscarme entre los otros,
los otros que no son si yo no existo,
los otros que me dan plena existencia".
OCTAVIO PAZ.

El concepto de identificación es uno de los conceptos *princeps* en la teoría psicoanalítica, ya que es considerado como uno de los elementos constitutivos del psiquismo. Sin embargo, es indispensable hacer todo un rastreo en la obra de Freud, ya que sus desarrollos teóricos sobre este tema no se encuentran agrupados en uno solo de sus artículos, sino que es necesario hacer todo un recorrido a lo largo de sus escritos, puesto que este concepto fue evolucionando en las distintas etapas de su pensamiento.

En *Tótem y Tabú*, Freud abordaba la identificación como principio de agrupamiento comunitario; en *Introducción al Narcisismo*, plantea la dialéctica entre la identificación y la elección narcisista de objeto; en *Duelo y melancolía*, desarrolla la noción de identificación por incorporación oral; en el capítulo siete de *Psicología de las masas y análisis del Yo*, afirma que la identificación es la forma más originaria de ligazón afectiva con un objeto, y finalmente, en 1923, con la introducción de la segunda tópica, en *El Yo y el Ello*, desarrolla ampliamente la conceptualización del concepto de identificación primaria y asienta que el Yo es un precipitado de identificaciones.

Es necesario entender el concepto de identificación como un concepto bisagra entre lo tópico y lo estructural, tomando en cuenta a la identificación como un proceso inconsciente, característico del proceso primario.

En psicoanálisis, consideramos a la identificación como una de las operaciones fundamentales que genera las condiciones para instituir la subjetividad, propiciando los requisitos de la constitución psíquica.

*Psicoanalista titular en
función didáctica de la
Asociación Psicoanalítica
de Guadalajara

reyeslopez@yahoo.com



Siguiendo a Kristeva, entendemos por identificación el movimiento por el cual el sujeto adviene en la medida en que se confunde en uno con otro, idéntico a él; por esta vía, yo formo UNO con él, es por esto que se puede afirmar que es estructurante pero al mismo tiempo es alienante en tanto un sujeto se construye en el encuentro con otro. Lagache dice que “antes de existir en sí mismo, por sí mismo y para sí mismo, el niño existe por y para el prójimo, que es ya un polo de esperas, de proyectos, de atributos” (1).

Laplanche y Pontalis, en su diccionario, dicen que hay que diferenciar el término en su sentido transitivo (identificar) y el reflexivo (identificar-se), es decir, antes de identificarse a sí mismo, todo sujeto requiere identificar los objetos del mundo. Es a partir de la vuelta sobre sí de esos objetos ya identificados que el niño puede identificarse. En *Duelo y melancolía*, Freud puntualiza: **“la identificación es la etapa previa de la elección de objeto y es el primer modo, ambivalente en su expresión, como el Yo distingue a un objeto”** (2).

Hayde Faimberg sostiene que las identificaciones que intervienen en el origen de la constitución del psiquismo, son alienantes porque el sujeto se somete inconscientemente a las historias de un otro que no le conciernen, pero de las cuales permanece cautivado. Estas identificaciones cristalizan en una organización escindida; por lo tanto, alienada.

La identificación primaria sería el primer enlace afectivo con una persona, sería lo más originario, sería el deseo de ser el otro, pues ser como el objeto equivale a tenerlo, todo lo primario se encuentra en el origen de la estructuración psíquica. Para Freud, lo primario o primordial (iden-

tificación primaria, represión primaria, narcisismo primario, fantasías originarias) es constituyente del núcleo de nuestro ser; sin embargo, hay que tener presente que lo primario se articula siempre a lo secundario, no hace referencia a lo que está antes y después cronológicamente, sino que son premisas permanentes de la estructura, en permanente articulación.

En *El Yo y el Ello* es donde Freud se refiere explícitamente a la identificación primaria y lo hace en el siguiente párrafo: “la identificación primera, y de mayor valencia del individuo: la identificación con el padre de la prehistoria personal. A primera vista, no parece ser el resultado ni el desenlace de una investidura de objeto: es una identificación directa e inmediata (no mediada), y más temprana que cualquier investidura de objeto (...)”; respecto a la identificación con el padre de la historia personal, en una nota al pie de página dice que quizás sería más prudente decir “con los progenitores”, pues padre y madre no se valoran como diferentes.

Según Kristeva, un rasgo indicado por Freud bajo el nombre de identificación primaria con el “padre de la prehistoria personal”, es el grado cero de la identificación que moviliza los afectos, la pulsionalidad, grado cero de la autonomía del sujeto.

La identificación es la fusión de representaciones de uno mismo y de representaciones de rasgos de objetos que conforman el fantasma inconsciente; la identificación es en sí el investimento de este fantasma inconsciente, y que es lo que aparece en los sueños.

La identificación con el padre prehistórico o preedípico sería la base de la identificación primaria y que marca el paso a la identificación secundaria; el paso del narcisismo primario al narcisismo secundario.



Este Yo inicialmente identificado con este padre de la prehistoria se convierte en el objeto del Ello: “Mira, puedes amarme, ‘yo’ me parezco tanto al objeto”, dice Kristeva. Es así como la problemática de la identificación encuentra su punto de articulación con el narcisismo.

Partiendo de la segunda tópica, en *El Yo y el Ello*, Freud define, además del Ello y el Yo, una instancia nueva, el Súper Yo y al ideal del Yo como parte de éste, cuyo origen él sitúa en la identificación primaria, la cual está detrás del ideal del Yo. Podríamos decir que el Súper Yo es una fusión de identificaciones de dos personas importantes: el padre y la madre, pero compatibles.

La identificación secundaria se produce en la salida de la trama edípica. De acuerdo al modelo edípico, inicialmente tanto para el niño como para la niña, la primera investidura de objeto es la madre, el objeto primario. Posteriormente, en la etapa de la resolución y el sepultamiento del complejo de Edipo, se sustituye por la identificación con el padre para el varón, y con la madre para la niña, desenlace de la larga fase preedípica ligada a la estructuración narcisista del aparato psíquico. La estructura preexiste al complejo.

La estructuración defectuosa y la particular constelación que adquiera el complejo de Edipo, dificultará la aceptación de la castración y la ulterior elaboración hacia una sexualidad relativamente lograda. La adolescencia, etapa de la reviviscencia del complejo de Edipo, ofrece un material de observación particularmente interesante en ocasión de la dialéctica identificación-desidentificación en el Yo y en el ideal del Yo, que se tiene que llevar a cabo para la consolidación de la identidad; podemos ver con esto la estrecha relación existente entre identificación e identidad.

Si la identificación secundaria queda asentada sobre la base de una identificación narcisista, es decir, sobre la base de un deseo de parecerse al otro; identificación no con un rasgo del objeto sino con el objeto total, con el objeto perdido, el objeto ausente física o psíquicamente como objeto de amor y de confirmación narcisista; esta identificación será patológica, pues en la medida en que ese ser como el objeto equivalía a tenerlo, el dejar de serlo equivale a perderlo con los consecuentes sentimientos de extrañeza en relación con uno mismo y de un déficit de identidad, lo que nos lleva a afirmar que el establecimiento de una identidad es un proceso de devenir, y dice Kristeva que si entendemos a la identificación en el sentido de obtención de una identidad, es una distinción, no una unificación.

A continuación presentaré algunas observaciones relativas al tema, de una paciente **border** con 10 años de tratamiento que inició su terapia con un grave déficit de identidad, además de muchos otros problemas.

Una de las cosas que llamó mucho mi atención, al inicio del tratamiento, fue que el nombre que lleva es el mismo que tenía su abuela y su mamá; además que ella también lo impuso a su hija mayor y, adicionalmente, el primer nombre (pues tiene un nombre compuesto) también se lo puso a su segunda hija. Bien sabemos todos que el nombre que nos ponen es un signo de identidad que nos lleva a singularizarnos o nos condena a identificarnos con el o los antecesores de ese nombre, hipotecando así su ser.

Otro hecho que ha tenido mucho peso en el análisis es la historia de su Edipo, ya que cuando la paciente recién entraba en la adolescencia, se quedó huér-



fana de madre. Incapaz de hacer el duelo por la madre, se ve llevada a vestirse con la ropa de la madre y a usar sus accesorios con el afán de parecerse a ella. Aunado a esto, su problemática psíquica se vio agravada por el hecho de que su papá, incapaz también de hacer el duelo de su esposa, la toma a ella como tal, regalándole el anillo de compromiso que le había dado a su mamá y haciéndose acompañar por ella a cenas y reuniones de las parejas de amigos que tenían él y su esposa. En el tratamiento, ella se empezó a autodenominar “la impostora” o “sustituta”.

Ya más avanzado el tratamiento, un día llegó a sesión enseñándome una cicatriz producida por la extirpación de un lunar en el cuello que, según me dijo, también su mamá tenía; todo esto como un intento en lo concreto de desidentificarse de la mamá.

Recientemente, ha iniciado un negocio para el cual mandó diseñar una imagen que identifique su marca; esta imagen representa una imagen de una diosa de la mitología pero con ciertas características que ella pidió. Cuando yo le digo que a través de esa imagen está tratando de diseñar una imagen de sí misma, me dice: “Es que ella soy yo, esa es mi esencia y me representa a mí”.

Hace unas semanas, llega a sesión llena de júbilo, diciéndome que su marca ya quedó registrada y con derechos de autor; que ya nadie podrá quitarle o usar su registro. Le digo que ya empieza a tener una marca o registro propio, y me dice: “Es que ahora ya puedo existir por mí misma”.

Octave Mannoni señala que el darse cuenta de que algo de uno ha sido tomado de otro, puede bastar para provocar el necesario distanciamiento entre el sujeto y la persona con la cual se identificó, lo

cual puede ser cierto para algunos pacientes aunque no para muchos de los que actualmente concurren con mayor frecuencia a nuestra consulta, en los cuales lo que se pone en juego es el dualismo entre Ser y Tener: en ellos, ciertas identificaciones han sido de mayor impacto estructurante y de más graves consecuencias patológicas.

Ahora, más que nunca, con la llegada de pacientes **borderline**, psicósomáticos y con estructuras narcisistas, la cura contemporánea plantea el problema de la desidentificación con el fin del abandono de la identificación patógena y como la condición que posibilita liberar el deseo y construir el futuro, en el mejor de los casos.

W. Baranger *et ál.* dicen que “la cura psicoanalítica tiene un fin que no puede ser otro que la desalienación, en la medida que esto es posible, pero no la desestructuración” (3), y Kancyper dice que “durante la desidentificación se produce la defusión de la pulsión de muerte, pues se disuelven -desestructuración implícita y transitoria en toda elaboración del proceso desidentificador- los lazos afectivos con determinados objetos, para posibilitar su pasaje hacia otros objetos, lo cual reabre el acceso a configuraciones de nuevas identificaciones” (4).

Para lograr este proceso dialéctico de identificación-desidentificación, tenemos a nuestra disposición la repetición transferencial, que en este tipo de pacientes que presentan una represión problemática que hace circular a la pulsión, desde las representaciones verbales hasta las representaciones psíquicas, provocando la transferencia, para lo cual tenemos que recurrir a lo que Kristeva denomina “la identificación transverbal” del analista



-identificación que, sin duda, se remonta a las identificaciones primarias-, recurriendo tanto al verbo como al afecto del analista. A este respecto, terminaré con una cita de Kristeva: "Para conducir mi palabra al lugar psíquico, yo debo de acompañarla en afecto en su sufrimiento, pero también dar un salto al lenguaje de los signos y dar un nombre a nuestro afecto común, que por un tiempo había permanecido innombrable" (5).

Bibliografía

LAGACHE, DANIEL. "El psicoanálisis y la estructura de la personalidad". Publicación interna de la Biblioteca Freudiana de Barcelona. 1998.

FREUD, SIGMUND. *Duelo y melancolía*. Obras completas Vol. XIV. Amorrurtu Editores. 1996.

BARANGER, W., et ál. "Acerca de la desidentificación". *Revista de Psicoanálisis*. Tomo 46, #6. Asociación Psicoanalítica Argentina. 1989.

KANCYPER, LUIS. "Adolescencia y desidentificación". *Revista de Psicoanálisis*. Tomo XLVII #4. Asociación Psicoanalítica Argentina. 1990.

KRISTEVA, JULIA. *Lo real de la identificación en "Las identificaciones"*. Ediciones Nueva Visión. 1988.